

// APROPIACIONISMO Y PASTICHE POSMODERNISTA //

La investigación que vengo llevando a cabo y que va a quedar en parte expuesta en este escrito, es una relación de conceptos individuales (de índole filosófica existencialista) que se conjugarán a través de la práctica artística, además de llegar a un punto lo más actual posible para poder desestimarlos, como es la actual (por desgracia, tener que decir actual, y no pasada) crisis del posmodernismo. A modo de ensayo intentaré dar mi punto de vista tras una amplia investigación en temas estéticos que no noto suficientemente presentes en nuestro conocimiento.

Uno de los conceptos a definir y vincular es el del ser como ente existencial desde una visión contemporánea.

Según Heidegger, el ser es denominado "dasein", que traducido literalmente al castellano significa "ser-ahí". El ser está arrojado al mundo, un mundo en el que no transcurren sucesos sin los accidentes de este. Este ente define sus actos y hace que ocurran cosas, es decir, sus acciones marcan el transcurso del tiempo en el lugar en el que es arrojado, el ahí. En este mundo suceden cosas por las acciones de los seres que están en él. Las acciones del ente están justificadas por la teoría de los utensilios: por ejemplo, disponemos de tabaco, de filtro, de un papel de liar, y de una cerilla, si el ser no lía un cigarrillo y lo fuma, estos utensilios no sirven para nada, pues el mundo al que es arrojado al ser no es nada sin él. Si el ser no interviene en el "ahí", en el "ahí" no ocurre nada. El ser utiliza los utensilios, pues sin que este los use, su utilidad es nula. "El ser no es realidad, es posibilidad".

La relación entre conceptos se da mediante las prácticas artísticas, por tanto la relación de ser-mundo (ser-ahí), se extrapola a una visión creativa (ser/artista-mundo/sistema arte). El artista se arroja al sistema arte con la posibilidad de crear o no, y de él depende que ocurra algo nuevo en este mundo. Si el ser no hace nada, el sistema arte transcurre sin ningún cambio, y para ser más concretos, el mundo-sistema arte actual, es puramente posmodernista. Los seres que habitan este sistema pueden ser válidos o no, desde luego el ser es el que elige cómo ser, pero es demasiado fácil elegir las tesis posmodernistas que rigen dictatorialmente el arte actual mediando el comercio, pues este arte tiene más un punto de vista mercantil y publicitario, que estético y visual-creativo.

El artista tiene la posibilidad de cambio, pero es certero pensar en que, un arte servido al mercado capitalista, y que premia la banalidad y nulidad como conceptos adecuados, es muy atractivo. Como dice Baudrillard, algunos hemos perdido el deseo o la ilusión por el arte, por culpa del posmodernismo denotante de una falta de creatividad sin precedentes, vano, y totalmente atemporal (pues lo realmente cierto es que su tiempo pasó hace ya algo más de una década).

En un punto en el que me gustaría indagar de reducida forma, es en el del apropiacionismo como movimiento artístico: El apropiacionismo nació con la función de reciclar la sobreproducción de imágenes que se estaba y se está creando en el mundo desde la entrada de la era digital en la sociedad, pero ahora, se está poniendo en contra lo que intentaban remediar, la sobreproducción es ahora apropiacionista, pues se está dejando de lado la creación para recurrir al apropiacionismo masivo de imágenes. Dándoles un sentido conceptual, descontextualizando la imagen prima y referencializando con antiguos escritos y obras para poder transformar cualquier cosa en obra de arte, este movimiento no hace más que correr un velo, una transparencia llena de concepto vano por delante de un sinsentido que no es más que un sinónimo de falta de creatividad por parte del artista. La apropiación masiva está dando paso a que no se cree nada, ni nuevo, ni viejo. Es cierto que dar un sentido o una connotación conceptual distinta a una misma cosa es un cierto ápice de creación, pero el actual apropiacionismo desvirtúa el hecho creativo. Sí, sin algún tipo de duda, hay que copiar, apropiarse en cierta medida, contextualizar y saber qué es lo que está pasando fuera de la propia obra, pero la virtud principal de esto es transformar el arte actual rezagado posmodernista en un espacio temporal de no-creación continuo y de absoluta dependencia de lo anterior. Es falso e hipócrita.

Como más tarde explicare, gran parte de esta culpa es del mercado. La sobreproducción es también posmodernista, pues la gran cantidad de obras sin sentido y totalmente alienas a un arte válido es solamente superada por la inútil demasía conceptual en la que nos encontramos navegando. Una de las características generales de gran parte del arte apropiacionista, es el desconocimiento parcial o total de la obra o imagen de la que se apropia para transformarla en obra suya, pues esto no es más que una forma de ver la imagen dada heideggeriana, que hace referencia al hecho de que conocemos las cosas porque nos han dicho que son así aunque no las conozcamos realmente: Al no conocer la obra o cosa de la que nos apropiamos, estamos dejando atrás una trayectoria que es ahora totalmente desconocida, y si de algo se vale el pastiche posmodernista, es de referencializar y contextualizar la obra hasta la saciedad.

Haciendo referencia a Jameson en su texto “transformaciones de la imagen en la posmodernidad”, hay que definir la obra posmodernista como un pastiche, como un collage de sugerencias visuales y conceptuales que funcionan a la vista, y a la vista estética de alguien que apoye un arte inválido (ahora). También hace incapié en que hay que saber diferenciar entre pastiche y parodia. El pastiche posmodernista y la parodia se diferencian básicamente en el conocimiento de los referentes que se tratan, sean o no válidos artísticamente, pues cuando Duchamp decidió presentar un urinal firmado como R. Mutt, se convirtió en un neandertalismo apropiacionista de una imagen dada de meadaero desde un punto de vista posmoderno, un posmodernismo que se interesa más por el proceso de llegada a algo que por el propio algo, que deja atrás cualquier virtud artística que no sea la investigación, más propia de un renovado Picasso que de la actualidad.

El posmodernismo y su sistema hacen valer la nulidad y la banalidad como valor, hacen valer la nulidad como pretexto: sólo contextualizar es su mérito. Ha llegado un momento en que es necesaria una reivindicación, un momento en el que sabemos perfectamente todos donde se encuentran contextualizadas las obras actuales, un momento en que la contextualización, sólo se queda por detrás de la obra completa en la innecesariedad.

La nimiedad de este tipo de obras ante un arte cierto es sólo vista por seres que conozcan y reconozcan que la actualidad ha terminado, que la actualidad tendría que haber terminado hace mucho tiempo y que no debería ser denominada actualidad, pues estamos en una situación en que el arte más valorado, es un arte frívolo y que podría ser proclamado como vulgar. Gran parte de los críticos y de personas que pueden defender la estética posmodernista son vistos desde mi perspectiva como vagos o como retrasados en cuanto a que su retraso temporal es francamente amplio.

Pocas sentencias son tan ciertas en el ámbito artístico como que la entrada del posmodernismo fue una apertura de razón global, y un allanamiento de camino sin precedentes por el hecho de poder presentar cualquier cosa como obra válida mientras su sujeción conceptual fuese fuerte, pero, más recientemente, como antes he señalado, más de una década atrás, esa sujeción conceptual es básicamente basada en las referencias y la contextualización de la obra, como si estas hazañas investigativas fuesen suficientes para definir un proceso creativo válido de obra.

Como antes he dicho, en esta pesquisa acerca del desgraciado arte actual, voy a hablar del mercado y su relación con el dominio de lo cósico que utiliza Heidegger en sus textos, de cómo el sistema arte ha acabado con la fe y el anhelo por algo bueno. La gran culpa de que nos encontremos en esta atemporalidad continua de movimiento en no-movimiento y no-crecimiento es de la comodidad que ha creado la efigie de la moneda que rige este mundo. El dominio de lo cósico es el nombre de la definición de cómo se rige el mundo, de cómo los utensilios de los cuales dispone el ser son más importantes que el propio ser para otros seres, de cómo el ente existencial define la grandeza de los demás, refiriéndose a que de cuanto más dispones para realizar acciones, más alto es tu valor. La valoración de una obra actualmente, y de forma redundante en este escrito, es la contextualización, la referencialidad, pero sobretodo, el que ha hecho que estos valores sean los más importantes, la moneda. El mercado ha hecho del arte algo

comercial, como dice Baudrillard, de nuevo, el posmodernismo, por culpa de la banalidad en su creación, se acerca más a la publicidad y al comercio que a lo estético y lo artístico.

La imagen dada es un concepto parecido al de las “palabras desgastadas” de Nietzsche: define que, un ser entiende cosas que no conoce, porque otros le han contado cómo son, aunque su desconocimiento acerca de esa cosa en cuestión es total. La hipocresía y la inutilidad propensa de algunos seres, hace que se hable de una cosa sólo teniendo su imagen dada, y esto, es lo que pasa actualmente en el sistema arte. Si la imagen dada heideggeriana entra en todo esto, es a modo de explicación de cómo los espectadores son capaces de divulgar y opinar acerca de algo que no conocen, pues su visión es totalmente no-válida, y lo que han aprendido de otros, es lo que ellos dan por bueno. Lamentablemente en este sistema-arte, la opinión subjetiva de la audiencia es demasiado importante, y la desglorificación del artista es total. La posición del artista en esta organización de valores ilícitos es la más baja en caso de que su trabajo no siga la metodología expresamente elegida por un régimen posmodernista tiránico.

Entonces, si la imagen dada de conocimiento artístico es falsa o equívoca, y ese es el conocimiento recibido por gran parte de espectadores de la obra, cómo es posible que este valore bien un nuevo tipo de obra que no se rija por los valores anteriormente dichos.

Actualmente utilizar el adjetivo artístico como es conocido por el sistema arte, es hasta insultante, pues desde ese punto de vista, es sinónimo de falta de inventiva.

La falta de juicio crítico en el espectador de esta organización que es el arte actual, hace que la ineficacia y la incompetencia ideal quede por debajo del valor del efectivo que lleven en el bolsillo este público, pues estamos definiendo a un espectador inválido conceptualmente hablando. El mercado ha hecho que lo más importante acabe por los suelos, y que lo más banal, como pueda ser la revaloración de una obra, o la etiqueta de moda de esta, se convierta en su valor más necesario. Lo vacío es lo bueno en un sistema en el que predomina quién produce para los compradores.

Este tipo de audiencia amplía mi pesimismo pues su incultura estética hace que, cuando están delante de una obra, la den por buena por no entender nada de ella, en vez de darse cuenta de que no hay nada que entender.

“Toda la duplicidad del arte contemporáneo reside aquí: en reivindicar la nulidad, la insignificancia, el sinsentido. En apuntar a la nulidad cuando ya se es nulo. Apuntar al sinsentido cuando ya se es insignificante. Pretender la superficialidad en términos superficiales.”

Es un claro ejemplo de cuando la mediocridad se sublima a lo más alto del escalafón. Una mediocridad apelada a un arte arcaico y trasnochado, que ha dado todo lo que tenía que dar, y lo único que ha conseguido ha sido sobrepasarse en sus intenciones para llegar a ser ampuloso y cargante. La pesadez de un arte de plomo.

No puedo decir otra cosa que, en su momento, sí fue, como he dicho antes, un allanamiento de camino sin precedentes, pero que desde hace algunos años, se ha convertido en una peripecia redundante, en un accidente conceptual que conlleva alzar la banalidad creativa al primer puesto en el escalafón del arte, y que se vale de la nulidad que presenta como si ella fuese un valor que celebrar.

Mi agresividad en este texto sólo es superada por el agobio y el pesar que veo en mí cuando reflexiono acerca de la incompetencia de querer seguir haciendo un arte culto si se habla de dos décadas atrás, de un arte presuntuoso y simple en el que definirse como artista, es tan fácil como hacerse valer del pasado.